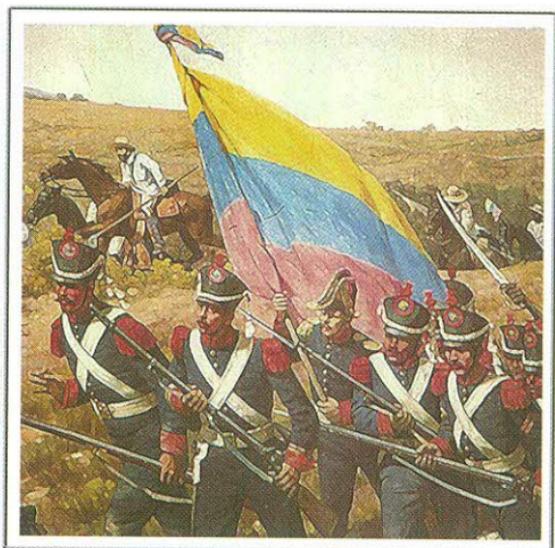


5

COLECCIÓN PUEBLO, SABERES Y CONCIENCIA



VLADIMIR ACOSTA



REFLEXIONES
SOBRE LA PARTICIPACIÓN
DEL PUEBLO VENEZOLANO
EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA



Fondo Editorial Ipasme

COMANDANTE HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS
LÍDER SUPREMO DE LA REVOLUCIÓN

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Lic. Jorge Arreaza

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Héctor Rodríguez Castro

Ministro del Poder Popular para la Educación

JUNTA ADMINISTRADORA DEL IPASME

Dr. Mario A. Quiñones S.

Presidente

Soc. Isabel María Gutiérrez

Vicepresidenta

Prof. Emilio R. Figueroa Lanza

Secretario

FONDO EDITORIAL IPASME

Diógenes Carrillo

Presidente



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

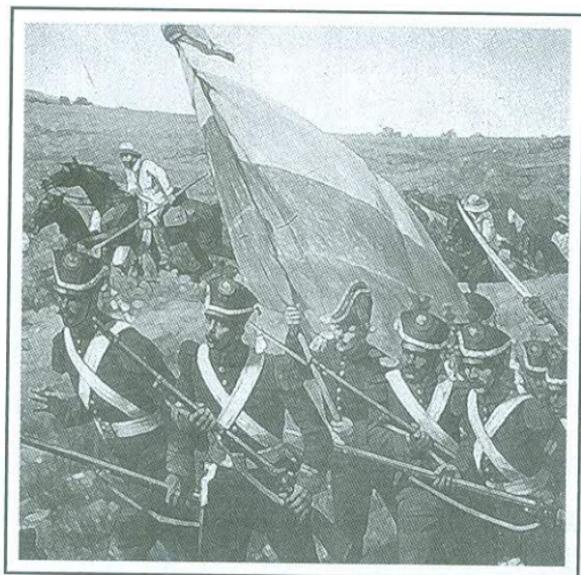
IPASME

Fondo Editorial



5
COLECCIÓN PUEBLO,
SABERES Y CONCIENCIA

VLADIMIR ACOSTA



REFLEXIONES
SOBRE LA PARTICIPACIÓN
DEL PUEBLO VENEZOLANO
EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA



Fondo Editorial Ipasme

**Reflexiones sobre la participación del pueblo venezolano
en la Guerra de Independencia**
Vladimir Acosta

Depósito Legal: **If65120143001626**

ISBN: **978-980-401-222-8**

Diseño de Colección: **Luis Durán**

Producción: **Luis Duran**

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina

(Av. Victoria) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: **1040**

Teléfonos: **+58 (212) 633 53 30**

Fax: **+58 (212) 632 97 65**

Este corto ensayo se basa en la exposición que me correspondió hacer en el “Segundo encuentro de historiadores del ALBA”, realizado en Caracas en septiembre del 2012, y que guarda estrecha relación con un estudio mío más extenso y más completo, publicado en 2010: *“Independencia y emancipación. Élités y pueblo en los procesos independentistas hispanoamericanos.”*

INTRODUCCIÓN

Como salta a la vista de cualquier historiador o estudioso serio de nuestra historia, y en especial de quienes se han ocupado de profundizar en el estudio de nuestro proceso independentista, el tema de la participación del pueblo venezolano en éste es harto difícil, tiene muchas facetas y problemas, algunos de ellos descuidados por lecturas oficiales o ligeras, y resulta también polémico por una serie de razones relacionadas justamente con ese tipo de lecturas. Tratar a fondo el tema exigiría un análisis detallado, más bien colectivo que personal, análisis que podría además servir de base a varias importantes discusiones y nuevos estudios. Como, por ello mismo, no pretendo agotar el análisis, y como sólo dispongo de unas cuantas pá-

ginas para examinarlo, me dedicaré apenas a señalar algunas cosas que creo fundamentales para abrir o dar curso a esa necesaria discusión. Esto significa por lo demás que me veré forzado a sintetizar y resumir, y que no me será siempre posible señalar ciertos matices ni detenerme como quisiera en esos ejemplos concretos que tanto contribuyen a aclarar y enriquecer lo que se expone.

Me referiré además sólo al proceso venezolano, aunque de entrada quiero decir aunque sea unas breves palabras sobre otros procesos independentistas latinoamericanos. Y lo hago porque es necesario señalar que esta participación popular es disímil, y que varía según los casos y según las etapas mismas de los respectivos procesos. Así, la participación popular es indiscutible en el caso haitiano, pero apenas la menciono por no ser independencia hispanoamericana, ya que Haití es entonces colonia francesa, y porque su proceso independentista está directamente asociado a los vaivenes de la Revolución francesa. De los casos hispanoamericanos, la participación popular es enor-

me, una explosión masiva, en el comienzo de la lucha independentista en México, con Hidalgo y algo menos con Morelos; pero no dura, porque la minoría gobernante española, apoyada por la mayoría de la élite criolla, la condena y enfrenta. Y pronto la aplasta, terminando así esa lucha popular en un doble fracaso, primero con Hidalgo y luego con Morelos. De modo que la Independencia mexicana, bajo un signo oligárquico y no popular, la consiguen luego, años después, en 1821, los criollos derechistas y la Iglesia reaccionaria, en contra del liberalismo español que ha triunfado en la metrópoli en 1820, sin el pueblo, que asume ahora un papel pasivo; y todo ello para culminar en un Imperio caricaturesco, el de Iturbide, que al menos dura poco. También es importante esa participación, al menos durante una etapa inicial, en Uruguay, la entonces llamada Banda oriental, donde Artigas dirige un proceso de claro contenido social y logra para el mismo el apoyo y la movilización de buena parte del pueblo oriental. Pero, acosado por todos lados, Artigas termina ven-

cido en 1820; y la Banda oriental, invadida desde 1816 por el Brasil imperial y ansiada por Buenos Aires, sólo logra su independencia años después, en 1828, convertido el pequeño país en estado tampón por presión de Inglaterra, para acabar de este modo con el enfrentamiento militar entre ambos rivales: brasileños y argentinos. También en Bolivia, entonces llamada Alto Perú, se lleva a cabo una lucha larga con participación popular duramente reprimida, y luego con organización de guerrillas, aplastadas pronto por la alianza derechista de españoles y criollos peruanos, de modo que el Alto Perú sólo logra su Independencia en 1825, luego del triunfo patriota de Ayacucho, y gracias a la entrada en La Paz de las tropas victoriosas de Bolívar y de Sucre.

***PARTICIPACIÓN POPULAR
Y LECTURAS DE NUESTRA GUERRA
DE INDEPENDENCIA***

Pero en lo que intento analizar ahora, esto es, en la lucha independentista venezolana, la participación popular es asunto muy polémico, justamente por el carácter complejo y la diversidad propia de esa lucha. Aunque hay matices y hasta muchos casos contrarios, puede decirse que la tendencia dominante en la historiografía oficial patriótica venezolana ha sido a minimizar esa presencia. La Independencia se ha descrito sobre todo en términos militares, como obra de héroes y como ciclo de batallas. En esa descripción el pueblo casi no cuenta. Destaca por sobre todo el tema de los héroes, descritos como seres perfectos e invariables, casi como dioses. Esto genera un culto casi religioso que dificulta la comprensión de estos grandes personajes por el pueblo, su comprensión como seres humanos, excepcionales y admirables, sí, muchos de ellos, pero seres humanos al fin, con sus límites,

contradicciones y sujeción a procesos de cambio en lo tocante a los intereses del pueblo, a veces para lo mejor, otras para lo peor. El estudio de la Independencia encuentra en esto un límite no sólo serio sino a veces infranqueable.

El tema de la descripción de la Independencia como proceso militar, de campañas y batallas, es el otro que domina, aunque a menudo no es sino la otra dimensión de lo anterior, y por ello lo hallamos presente tanto en los autores que hacen de los héroes seres deificados como entre quienes sin llegar a ello se centran en el estudio de sus victorias y en descripciones de las mismas como hazañas épicas en las que el contexto social no parece contar mucho. Los ejemplos sobran, son conocidos, y no viene al caso en las pocas páginas de que dispongo detenerme a comentar o a citar alguno de ellos. Lo que aquí cuenta también es que, como resultado de esa lectura militar de la Independencia, el pueblo apenas aparece en ella, salvo cuando, uniformados o reclutados, integrantes destacados del mismo combaten en las batallas y

algunos de ellos destacan por una conducta heroica, a veces descrita en forma literaria en clave de epopeya homérica.

Pero más allá de la visión a menudo elitista de muchos de esos historiadores, hay que reconocer que esto último, lo relativo al carácter militar de la lucha independentista, no deja de tener su base porque lo cierto es que en ella la presencia y participación del pueblo resulta limitada, porque es escasa o forzosa en buena parte del proceso, y porque sobre todo en la última fase, en la que al fin una parte importante del pueblo se ubica del lado de los patriotas, en esa fase misma domina más lo militar o lo político-militar que lo social.

El proceso revolucionario que vivimos actualmente en Venezuela ha estimulado y facilitado la realización de un esfuerzo sistemático por combatir esa historia elitista, para buscar la presencia popular y explorar con otros ojos las fuentes históricas a fin de revalorizar esa participación del pueblo, siempre oculta o silenciada. Es lo que se ha llamado con razón Historia insurgente, la

cual busca en todo nuestro proceso histórico promover una lectura desde abajo, desde los olvidados y sin nombre (indígenas, negros, mujeres, pobres, esclavos) para reconstruir esa historia y para rescatar la participación y la lucha popular como componentes de la misma.

El esfuerzo, encomiable, ha sido grande; y viene dando resultados valiosos. Esa investigación puede hacer cambiar muchas cosas en varios campos y en etapas enteras de nuestra historia, incluso desde la Colonia, y sobre todo a lo largo del período republicano. Pero en el caso de la Independencia, más allá de explicar y contextualizar cosas y de enriquecer el panorama de ésta en su conjunto y sobre todo en algunas de sus etapas, estimo que es difícil que pueda modificar lo esencial, es decir, que pueda mostrar al pueblo como protagonista, como fuerza motriz, consciente y organizada, de la Independencia, porque lamentablemente no lo fue. Y en ello radica una de las razones de lo mucho que tuvo que durar esa lucha independentista, de sus límites y contradicciones y hasta

de su relativo fracaso en lo social. Porque lo que encontramos es que, aun con una participación popular creciente del lado de la causa patriota en las fases ulteriores, finales, del proceso, la Independencia fue motorizada y controlada por las élites criollas y fue más un proceso de lucha política y militar que de cambio social o económico-social. Y el que sus resultados en lo social hayan sido tan mezquinos tiene sin duda mucho que ver con eso.

Aún con la venida de Morillo y su enorme ejército español en 1815, ejército que se desintegró o desgastó en buena parte en los años siguientes, sobre todo en las luchas en los llanos, lo cierto es que aquí no hubo muchas tropas españolas; lo cierto es que en las batallas de la gesta independentista combatieron en su gran mayoría o casi totalidad americanos contra americanos; lo cierto es que, aun si en los ejércitos realistas los mandos eran españoles, las tropas de lado y lado, patriotas o realistas, eran mayoritaria o casi totalmente criollas, venezolanas sobre todo, ya fuesen reclutadas a la fuerza, como ocu-

rrió al principio, o incorporadas por cuenta propia a la lucha, cuando fue creciendo entre el pueblo la conciencia de Patria y de guerra de liberación, como es el caso de los llaneros de Páez y de Monagas a partir de 1816, y sobre todo en los años siguientes. Si la Independencia hubiese sido en verdad un movimiento poderoso, organizado y sostenido por el pueblo, por su gran mayoría, es claro que se habría obtenido la victoria antes, y sin duda a menor costo. Y no fue así. La guerra fue larga y dura, costosa, y feroz como toda guerra civil; la violencia fue brutal, la sangre derramada mucha, la destrucción enorme, y la victoria final tardó muchos años en llegar. Por eso, para analizar el tema, quiero hacer algunas necesarias precisiones.

EL CONCEPTO DE PUEBLO

La primera de ellas se refiere al concepto de pueblo. Como todos sabemos y percibimos a diario, pueblo es un concepto polisémico, de usos y significados diversos, que en algunos casos se distinguen, en otros se cabalgan y en otros más se contradicen. Cualquier buen diccionario, sea general o especializado, suele describir o detallar esos diversos usos. Pueblo puede referirse a una localidad o población pequeña, rural, cuya cifra de habitantes no le permite ser definida como ciudad, y que por lo general se encuentra dedicada sobre todo a actividades propias del sector llamado primario de la economía. Pueblo se refiere también, ya en un ámbito más general, al conjunto de personas que habitan un espacio mucho más amplio, que puede ser toda una región o un país. Y puede definírsele como tal, ya sea porque, sin entrar en distinción de clases o de grupos, esas personas conforman un conjunto humano que se diferencia conceptualmente de sus gobernantes; o ya sea porque,

más allá o más acá de esto, constituyen una suerte de comunidad que, sin dejar de tener contradicciones internas de diverso tipo, se siente en todo caso unida por razones de lengua, de cultura, de religión y hasta de raza, con todo lo cuestionable que resulta este último concepto. Por útiles que para otro tipo de estudios sean o puedan ser estas lecturas, todas problemáticas (y unas por supuesto lo son más que otras), las dejo de lado porque ninguna de ellas me interesa ahora.

El concepto de pueblo que me interesa para mi análisis es el que tiene que ver con su uso político o socio-político, un uso más limitado y más preciso, aun sin carecer de flexibilidad, sobre todo en cuanto a sus límites conceptuales: pueblo definido como el conjunto humano formado por la parte absolutamente mayoritaria de la población que, dentro de una sociedad determinada, de clases, se caracteriza por tener un nivel socio-económico muy inferior al de la minoría más rica de esa misma sociedad. Me refiero entonces siempre a pueblo como la parte explotada y pobre de una sociedad, esa

parte que en cualquier sociedad de clases resulta ser mayoritaria y a la que por lo general se la mantiene alejada o ausente del poder; poder que de una u otra manera, sea en forma abierta o solapada, es controlado por la minoría rica. Esa es la definición que me interesa, porque es la que cuenta al estudiar las luchas sociales y políticas; y en este caso particular porque es la que permite estudiar y entender las dimensiones y contradicciones sociales de la lucha venezolana por la Independencia.

PIRÁMIDE SOCIAL Y PIRÁMIDE RACIAL

Hay que empezar aquí por el examen del cuadro social, de la estructura de la sociedad en la que se produce el proceso independentista. En las sociedades estratificadas, de clase, las que existen desde hace milenios y llenan prácticamente toda la Historia humana, la estructura social o socio-política tiene siempre forma piramidal, ya sea esta pirámide más ancha o más aguda. En ella siempre está arriba la minoría explotadora y rica, y abajo la masa mayoritaria de pobres y explotados, mientras en el centro se ubican diversos grupos intermedios.

Ahora bien, en una sociedad capitalista o industrial moderna como son la mayoría de las sociedades actuales y como lo son en América Latina, en la cúpula están los grandes empresarios de la ciudad y del campo y los terratenientes que aún sobreviven, y con ellos los líderes políticos, económicos y religiosos que sirven a esa cúpula. La base en cambio la forman obreros y campesinos, tra-

bajadores, pobres, desempleados, sectores marginales o excluidos. Y el centro está integrado por lo que por comodidad llamamos capas medias: pequeña burguesía, pequeños empresarios, profesionales, técnicos, cuadros, empleados, etc.

Pero la pirámide social propia de las colonias españolas en la Hispanoamérica del siglo XVIII y de comienzos del siglo XIX, y de la venezolana en este caso, aunque se le parece en sus grandes rasgos, tiene algunas peculiaridades importantes.

1. Primero que nada porque se trata de una sociedad colonial, de modo que en ella el poder político, correspondiente al vértice de la pirámide, lo tienen los españoles, los representantes de la Metrópoli, los cuales lo controlan. La minoría criolla oligarca y rica participa de ese poder aunque como subordinada, es decir, un poco más abajo del vértice; pero es en cambio ella la que controla el poder económico, pues es la dueña de la tierra, de las haciendas y de la mayor

parte de las empresas artesanales, y sobre todo del comercio; comercio que el poder español mantiene sometido a su monopolio y que ella, la oligarquía criolla, quisiera fuese libre.

2. Segundo, porque esa sociedad es preindustrial, agraria. Existen, como en otras partes de esa América colonial española, obrajes y pequeñas empresas de tipo artesanal, pero salvo cierta limitada modernidad, tecnológica pero no social, en los Valles de Aragua o en las misiones capuchinas de Guayana, no hay en ella empresarios ni empresas de corte capitalista, ni siquiera grandes manufacturas, como en las regiones de Europa en las que se está iniciando para ese entonces la Revolución Industrial. La mayoría de la población venezolana colonial vive en el campo. Así que en la parte alta de la pirámide, vértice incluido, se ubican los terratenientes, los dueños de la tierra, y con ellos, en las ciudades, los grandes comerciantes, los usureros, los altos funcionarios co-

loniales y la alta jerarquía religiosa. La base, por supuesto, la conforma la mayoría, que es campesina, sometida casi toda a servidumbre, y con ella artesanos pobres y escasos campesinos libres, y trabajadores urbanos o rurales, que son esclavos, no libres. Porque la esclavitud negra es el rasgo dominante de esa sociedad. Hay además en esa amplia base piramidal comunidades indígenas, marginales, o sometidas a servidumbre por terratenientes e Iglesia. Y en el centro de la pirámide se ubican los artesanos, los pequeños comerciantes, los profesionales liberales, y los blancos pobres o de orilla, y hasta ciertos trabajadores libres, que también los hay, aunque son pocos. Y además podría ubicarse en ella a parte de la propia Iglesia, es decir, a su base humana, formada por curas y párrocos de ciudades y pueblos, incluidos los de las Misiones, en las cuales la Iglesia reúne y controla a diversas etnias indígenas cristianizadas o en proceso de cristianización, es decir, de sometimien-

to forzoso a los patrones de la sociedad colonial y a sus valores.

3. Y tercero, como ya vemos a partir de lo anterior, porque esa pirámide es racial, como lo es la sociedad misma. Así, a la pirámide social se le sobrepone una pirámide racial, de modo que la cúspide de la pirámide es blanca, en el caso de los españoles, o blanca y casi blanca, en el caso de los criollos, mientras la base es oscura y en buena parte negra, porque los campesinos y trabajadores, siervos o esclavos, son de piel más oscura, como sucede con los campesinos, o negra, como ocurre con los esclavos. Los campesinos sólo son de piel clara en la región andina, en la que los negros escasean. Los indígenas son de piel bronceada, desde clara hasta bastante oscura, sin olvidar las mezclas raciales y su clasificación colonial: mestizos, mulatos, zambos, lobos, cambujos, etc. Y en el centro están los llamados pardos, cuya piel bronceada va desde oscura hasta bastante clara, y que son en su

mayoría libres, artesanos o comerciantes, muchos de ellos prósperos y hasta ricos, pero sin derechos políticos y sin participación en el poder. Y también están los blancos pobres o blancos de orilla, muchos de ellos españoles y sobre todo canarios.

Lo que quiero destacar de esto es que dentro de ese cuadro las luchas sociales de la mayoría del pueblo son al mismo tiempo luchas raciales, porque los explotados, es decir, el pueblo, lo forman las capas de piel más oscura, despreciados por la minoría blanca española y sobre todo por la minoría criolla, que no es tan blanca como pretende y que se opone a darle igualdad a los pardos y libertad a los negros y a los indios. De modo que el odio social se tiñe de odio racial; y en las rebeliones no sólo son ambos inseparables sino que a menudo es este último el que domina sobre el otro.

Pero hay más.

LA GUERRA DE INDEPENDENCIA COMO GUERRA DE LIBERACIÓN

La guerra de Independencia es una guerra de liberación, una guerra anticolonial. Se intenta justamente independizarse de la metrópoli colonial, que es España. Esto al principio no es claro ni fácil de mostrar. De entrada porque el proceso que lleva a la Independencia comienza, en 1810, con Juntas criollas moderadas que reclaman sólo autonomía y que defienden los derechos del Rey de España, Fernando VII, contra la invasión francesa que lo ha despojado del trono. Y también porque los españoles que gobiernan Venezuela ya no son invasores como en el siglo XVI, o no se los considera como tales, sino que están integrados como cuerpo dirigente a la sociedad colonial a la que gobiernan; y en tal calidad son aceptados en ella por la oligarquía criolla, la cual -por su condición de clase, su color de piel y sus orígenes europeos aunque a veces algo mestizados- se siente parte integrante de la propia España como descendiente de los Conquistadores;

y además porque son aceptados también por el pueblo, que está sometido al poder autoritario de la Iglesia, respeta a la monarquía y venera la persona del Rey.

La temprana Declaración de Independencia, en julio de 1811, la primera de la América entonces española, declaración que crea la Primera República venezolana, rompe con este cuadro, pero la República recién creada termina fracasando apenas un año más tarde como producto de sus dudas y contradicciones internas, de la reacción española apoyada por una parte de la propia oligarquía criolla, y sobre todo del rechazo abierto de la mayoría del pueblo. Y una de las tareas que luego de esto se plantean los Libertadores en la persona de Bolívar y de sus seguidores inmediatos, ya desde 1813, al declarar aquél la Guerra a Muerte en Trujillo en respuesta a la violencia criminal desatada desde el año anterior por la represión de españoles y canarios una vez derrotada la Primera República, es mostrar ante el pueblo venezolano y ante el mundo europeo que esa guerra que se libra es una guerra de liberación.

Pero por lo pronto los resultados son magros. La Guerra a Muerte no logra lo buscado y no pasa de ser una respuesta defensiva a la violencia española; sólo tiende a igualar ambas violencias, y la guerra se hace más brutal pero sin que cambie la correlación de fuerzas ni mejoren mucho las perspectivas independentistas. El respaldo internacional no se logra, porque el objetivo central de Inglaterra, la potencia europea cuyo apoyo se busca, es entonces derrotar a Napoleón, para lo cual se ha aliado con los rebeldes españoles que luchan por la vuelta de Fernando VII, y no tiene entonces el menor interés en declararse a favor de la independencia de los hispanoamericanos, enfrentados necesariamente a España.

Las victorias logradas con la liberación de Oriente y la Campaña Admirable, victorias impactantes aunque sin mucho apoyo popular, sobre todo en el caso de esta última, pero que han permitido al menos instaurar una Segunda República ese mismo año de 1813, pronto deben enfrentar la rebelión llanera y las nuevas revueltas de esclavos,

que en algo más de un año, a fines de 1814, destrozan ese nuevo intento de lograr la Independencia. Y la lucha deberá seguir por muchos años. Y es a lo largo de esos años siguientes que el carácter de guerra de liberación anticolonial se irá precisando más ante el pueblo venezolano y también ante una Inglaterra que ha vencido a Napoleón en 1815 y en la que poco a poco va cobrando fuerza el interés de aprovecharse de la Independencia que ven ya próxima en Venezuela y en toda Sudamérica para que la ayuda económica y militar y los préstamos que con cierta prudencia le han venido ofreciendo a los patriotas criollos les permitan reemplazar solapadamente en ella a España como nueva potencia dominante.

LA INDEPENDENCIA, GUERRA CIVIL Y GUERRA SOCIAL

Pero la Guerra de Independencia es además y al mismo tiempo, como se ha puesto en evidencia muchas veces, una guerra civil y una guerra social. Luego muestro por qué es guerra social, cosa que ya se adivina. Pero primero me interesa mostrar su condición de guerra civil. Es guerra civil (y esto toca al concepto de pueblo y a su participación en la lucha) porque todas las guerras de liberación lo son; aún aquellas en las que los independentistas o liberadores se enfrentan a una invasión extranjera brutal (pienso en el mejor ejemplo, la guerra de Vietnam). Son guerras civiles porque en ningún caso todo el pueblo se involucra en ellas a favor de la independencia o de la liberación sino que por desgracia una parte de ese pueblo (manipulada, embrutecida, atrasada, dócil, atemorizada, o incluso subestimada o maltratada por los partidarios de la liberación) se pone del lado de la potencia colonial y de los grupos oligárquicos o antinacionales que

la apoyan o defienden. Y en nuestro caso esa parte del pueblo (y por mucho tiempo esa parte es claramente mayoritaria) se opone a los patriotas que combaten por la Independencia, o se muestra indiferente, y hasta lucha contra ellos.

Esto es típico de las conquistas y de las guerras coloniales y anticoloniales. En ellas siempre una parte del pueblo está a favor de la Independencia y de la liberación y otra a favor de los conquistadores o invasores y de la dominación colonial. Y en la guerra que los enfrenta la masa de los ejércitos de uno y otro lado la forma el pueblo; y es tan pueblo el que está de un lado como el que está del otro. (Es lo mismo que ocurre en las campañas electorales y luchas políticas en las que se enfrenta una propuesta patriótica o nacionalista a otra entreguista o de corte colonial: hay siempre pueblo de uno y otro lado). De modo que la gran tarea de los que luchan por la Independencia, ya sean sus luchas armadas o pacíficas, ha sido y es ganarse a ese otro pueblo o a buena parte de él para su causa, porque sin ello la victoria se hace

difícil o imposible. Pero lo que ocurre es que nunca se lo gana por completo. Así que cuando se habla del pueblo en una guerra de liberación, como fue la de nuestra Independencia, hay que tener esto muy en cuenta.

Las razones por las que una parte, a veces mayoritaria, del pueblo actúa contra sus intereses nacionales y se opone a la causa de la Independencia o de la liberación nacional son muchas. Algunas pueden ser imputables a errores o incapacidad de quienes promueven el proceso de liberación, pero son las menos. Todas las principales, las que se hallan siempre presentes, están ligadas al dominio que sobre el pueblo todo ejerce el poder colonial dominante y a los patrones de conducta que le son impuestos a ese pueblo mediante la propaganda diaria; mediante la educación o ausencia de educación; mediante el dominio de la religión y de la Iglesia, siempre al servicio de las derechas, del poder más reaccionario; mediante el miedo que esas fuerzas reaccionarias dominantes le inducen ante el cambio, ante la revolución; y también mediante el temor propio de cual-

quier ser humano ante la represión y ante la guerra misma, temor que esas fuerzas dominantes estimulan. No intento por supuesto señalarlas todas. Destaco sólo dos de ellas, de primera importancia en nuestra sociedad colonial de entonces.

EL PESO DE LA MONARQUÍA Y EL DOMINIO DE LA IGLESIA

La primera es el peso que tiene en esa sociedad el respeto al sacralizado orden social, a la tradición, a la monarquía, a la persona del Rey, y el enorme poder de que disfruta en ella la Iglesia católica. El poder de la Iglesia es descomunal. La Iglesia es el principal medio de sometimiento del pueblo a su condición de explotado, el principal medio de imponerle la resignación y el miedo a rebelarse contra una sociedad de la que se le dice a diario que es de origen divino. Con esto se combina la veneración del Rey, el culto a su persona casi divinizada, porque el Rey, inaccesible, está distante como el propio Dios. Y lo usual en la Colonia cuando el cuadro de explotación y de injusticia se hace insostenible, es rebelarse con la consigna de ¡Viva el Rey y muera el mal gobierno! Y en este caso, al comenzar la lucha por la Independencia, el Rey, que es Fernando VII, esta preso por obra de un invasor, Napoleón Bonaparte, lo que le facilita a los monárquicos y a la Iglesia la tarea de idealizarlo; y

los patriotas americanos, en este caso venezolanos, que luchan por la Independencia, son descritos por la Iglesia, en especial por su alta jerarquía, como peligrosos enemigos del Rey, de la religión cristiana y del orden sacrosanto de la sociedad.

Vencer este poder unido de religión y monarquía no es nada fácil; y hacerlo es tarea de quienes conducen la lucha libertadora, aunque hay que reconocer que muchos de sus líderes políticos y militares, educados en la misma idea como parte que son de la élite dominante, comparten buena parte de esos mismos valores; y además porque perteneciendo como pertenecen a la oligarquía criolla dominante, son moderados y tampoco tienen interés en que el pueblo despierte demasiado y cuestione su poder y liderazgo. Los líderes más radicales, que llegan a rebasar los límites de su clase y a acercarse a la causa popular (como Bolívar en Venezuela, Artigas en la Banda Oriental y Mariano Moreno en Argentina) o a identificarse plenamente con ella (como los curas Hidalgo y Morelos en México), son minoría, aunque

en algunas etapas de la lucha juegan un papel determinante.

EL TEMOR A LA REPRESIÓN Y A LA PROPIA GUERRA

El otro obstáculo, en este caso bien fundado, es el temor a la represión y a la propia guerra, a su brutalidad. Y me detengo un poco más en este aspecto por ser menos conocido y tenido en cuenta que el anterior, en cambio más estudiado. Este es otro elemento importante que dificulta la incorporación popular. La represión española (en realidad siempre o casi siempre española-criolla) contra las rebeliones populares coloniales, de indios y de esclavos, suele ser brutal y despiadada. No hay que irse demasiado lejos, basta con recordar la forma como se aplastó la rebelión de Túpac Amaru en el Perú en 1781 y cómo se lo ejecutó, o la de Chirino en Venezuela en 1795. Y ni siquiera los criollos rebeldes escapaban a esta brutalidad, como nos muestra la horrible ejecución de José María España en la Plaza Mayor de Caracas

en 1799. El temor a la guerra es grande para la mayoría del pueblo. Temor de cualquier campesino a ser reclutado, teniendo que dejar su mundo, temor a la disciplina brutal y clasista imperante en los ejércitos y a la violencia aún más brutal de las guerras (ser muerto a lanzazos, degollado, despellejado, ahorcado, fusilado, encarcelado, torturado). Y esto no es sólo algo propio de las guerras del pasado sino de cualquier época. Basta echarle una mirada a las brutalidades y crímenes monstruosos propios de este presente capitalista que se hace pasar por humanitario y respetuoso de los derechos humanos, derechos que proclama a diario y viola a cada paso. De modo que la mayor parte de la gente en general acepta con pasividad la explotación y la pobreza mientras ésta no se les imponga de manera demasiado brutal, mientras se las deje vivir, así sea en la miseria. Las gentes se dejan matar poco a poco de hambre y de miseria mientras se les deje aparente libertad y no se las golpee. Y las derechas de todas partes lo saben y lo aprovechan hasta el límite. Lo seguimos viendo

a cada paso en estas sociedades capitalistas salvajes e hipócritas que han tecnificado al máximo los crímenes, la brutalidad y la violencia. Las dictaduras derechistas y las pseudo-democracias neoliberales dominantes por doquier son ejemplo claro de ello.

En fin, para que los pueblos se rebelen se requiere que la explotación y la violencia rebasen todo límite. Y aun así, los que se rebelan son por lo general los más audaces, los más valientes, los más desesperados, a menudo los más jóvenes. A los que tienen más ataduras (familia, hijos, una parcelita de tierra por miserable que sea, un trabajito igualmente miserable) les cuesta más hacerlo. La guerra es un último recurso; y parte del pueblo ni siquiera la acepta como tal. En la Guerra de Independencia nuestra la aceptan con facilidad los llaneros, que viven a menudo al margen de la ley, que carecen de ataduras, que llevan una vida no lejana de la guerra; pero a los campesinos y artesanos y a muchos pobres y hasta a los mismos esclavos les resulta muchas veces harto difícil abandonar su pequeño mundo de sometido-

miento a la explotación y a la pobreza para ir a combatir. Sobre todo cuando se trata de ir a combatir lejos de su pequeño mundo conocido (como los valles de Aragua en Venezuela o las fértiles tierras de Antioquia en Nueva Granada), para ir a luchar al lejano y desconocido Perú, y probablemente para morir allí. Porque cuando se combate cerca es posible desertar, pero cuando se combate lejos, y sobre todo en otro país, en terreno lejano y desconocido, la cosa es más difícil o imposible.

Hay empero otra cosa clave. Rebelarse e improvisar una montonera o un cumbe es riesgoso y meritorio pero no es tan difícil. Para ello bastan la desesperación, la valentía y el ansia de libertad. Pero para ir a la guerra, para incorporarse al ejército patriota como combatiente voluntario, como soldado, además de desesperación y de espíritu rebelde, se requiere como mínimo en quien lo hace cierto grado de conciencia política, cierta capacidad para ver más allá de lo inmediato, del atropello cotidiano, para adquirir una visión de Patria. Al iniciarse la Guerra de In-

dependencia la gran mayoría del pueblo venezolano carecía de ella, y con más razón de una idea de Patria Grande. A pesar de que el Imperio colonial español abarcaba casi todo el continente y de que algunos luchadores criollos como Miranda, Nariño y otros, tenían una visión continental de su lucha, lo cierto es que no sólo en el seno del pueblo sino incluso en el de la mayor parte de las propias élites criollas locales lo que privaba y siguió privando en muchos casos fueron las visiones localistas, los intereses locales, de ciudades rivales, de pueblos o espacios pequeños, facilitadores de la fragmentación de las unidades territoriales grandes, cuya base era más política que económica, y de la aparición de caudillos también locales de visión a menudo limitada.

Por eso se impone, de lado y lado, de patriotas y realistas, la recluta de sectores populares. Y la respuesta de buena parte del pueblo reclutado, cada vez que puede, es la deserción. La deserción es uno de los problemas centrales de las tropas de la Independencia, de todas, patriotas o realistas; y es

mayor del lado de los patriotas, que en las primeras etapas conocen un rechazo popular muy grande, mientras que los realistas tienen mucho mayor apoyo y de su lado se ubican los llaneros y los esclavos rebeldes a sus amos. Lo que va a ayudar a los patriotas en la etapa final de la Guerra de Independencia es que, sin desaparecer del todo la amenaza permanente de desertión, ésta disminuye en sus filas mientras en las filas realistas, cada vez más desmoralizadas, aumenta. Y es que a lo largo de la última etapa de la lucha los patriotas han logrado al fin no sólo organizarse mejor y tener más clara la estrategia militar correcta sino ir creando conciencia y haciéndole descubrir a sus tropas ese concepto de Patria, y hasta de Patria Grande, conceptos esenciales, pero ausentes al principio.

Por ello convertir las tropas improvisadas reclutadas a la fuerza, y las mesnadas o las guerrillas llaneras de las primeras etapas de la lucha en un verdadero ejército disciplinado y educar a los soldados republicanos en la idea de Patria, de hacerles comprender

por qué se lucha, es una tarea central que se va logrando materializar poco a poco y con gran dificultad, pero que por fin alcanza cierta importancia en la etapa final de la guerra. Y repito, es un factor esencial de la victoria.

Y no hay que olvidar tampoco que en ella la recluta continúa. Sólo que en este caso, contando ahora los patriotas con más recursos, con apoyo internacional, sobre todo en Inglaterra, y con una base territorial liberada como Guayana, se les hace posible reclutar desde entonces tropas extranjeras, militares profesionales, ex combatientes de las guerras napoleónicas, y jóvenes revolucionarios europeos, para que vengan a Venezuela a combatir del lado de la causa de la independencia. Esas fuerzas extranjeras, en las que hubo de todo, desde mercenarios y desertores hasta revolucionarios y héroes, también jugaron su papel, y quienes se quedaron contribuyeron también a la victoria.

LA OLIGARQUÍA CRIOLLA COMO PROMOTORA DE LA INDEPENDENCIA

Pero falta examinar una dimensión clave que ayuda a entender la renuencia del pueblo a incorporarse a la lucha por la Independencia. Ese elemento, elemento central, que dificulta la incorporación del pueblo a la causa de la Independencia, es el que tiene que ver con los portadores del mensaje independentista, que son los criollos; o más exactamente, el sector patriota de la oligarquía criolla.

Como vimos antes, en esa sociedad colonial tardía de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX los españoles conservan el control del poder político, aunque la oligarquía criolla tiene acceso a él, comparte con los peninsulares parte de él controlando los Cabildos locales y teniendo acceso incluso a las Audiencias. Pero el poder económico está en manos de esa oligarquía criolla. Son ellos, los oligarcas criollos, los dueños de la tierra, principal medio de producción; son ellos los dueños de las haciendas y las plan-

taciones. Y son esclavistas, importadores y explotadores de esclavos. Son ellos los propietarios de los esclavos negros que trabajan en sus haciendas o que les sirven como criados en sus casas rurales y urbanas. Son ellos los que explotan a los campesinos sometidos en su gran mayoría a la condición de trabajadores serviles. Son ellos, sobre todo los principales, los de la Provincia de Caracas, los organizadores de “entradas”, es decir, de expediciones de captura de indígenas en los llanos para forzarlos en tiempos de cosecha a trabajar en sus haciendas del centro del país. Son ellos los que quieren acabar con el régimen de libre uso de muchas tierras y de matanza y contrabando de ganado que se mantiene en los llanos y los que han tratado de someter a los llaneros, celosos de su libertad personal, para convertirlos en peones, y amenazando castigar sus delitos con las tan reiteradas como inaplicables Ordenanzas de los llanos. Además esos oligarcas criollos son racistas y se oponen a darle derechos políticos a los pardos, que conforman la parte media de la pirámide social, y que

aunque a menudo disponen de ciertos bienes y hasta de una situación económica favorable como artesanos o comerciantes, carecen de derechos políticos y vienen reclamando igualdad social. Son ellos, por último, los que controlan la mayor parte del comercio, en el que abunda la mano de obra servil o esclava como trabajadora.

Es decir, que para la mayor parte del pueblo, de los pobres y explotados, siervos o semi-siervos, esclavos, negros, indios, pardos, mestizos, el explotador directo es esa élite criolla, ya que los españoles se concentran más en el control del poder político, aun si se vinculan y cruzan por matrimonios con ella. Y en cuando a la represión contra protestas populares y revueltas de esclavos, los españoles actúan siempre al lado de los criollos; y a veces son éstos los que toman la iniciativa o los que celebran la brutal actitud de los primeros.

Y resulta que es ese sector patriota de la oligarquía criolla el que promueve la causa de la Independencia. Esa oligarquía criolla

quiere tener más acceso al poder político que los españoles controlan, o de ser posible controlarlo todo, despojando de él a éstos. De allí su lucha inicial por autonomía, por compartir más poder con los gobernantes españoles; y la oligarquía criolla se aprovecha de la crisis española de 1808, que desencadena en España los procesos juntistas y que les brinda la ocasión que esperan para formar Juntas criollas que defienden a Fernando VII pero que les otorgan a ellos las principales ventajas económicas y políticas por las que han venido conspirando desde antes. Y ante la oposición y represión españolas, más pronto o más tarde según los casos, se deciden a reclamar la Independencia; y la proclaman, hablando de libertad y derechos de los pueblos. Y en Venezuela, como dije antes, esto se define muy temprano, en cosa de un año, pues la Junta criolla de Caracas se crea en abril de 1810 y la Independencia es proclamada en julio de 1811, siendo así la primera de esta América entonces española.

Pero viniendo de explotadores clasistas y racistas como ellos, estas propuestas de li-

bertad e igualdad, aun si logran una limitada capacidad de apoyo, no pueden seducir al pueblo, a los pobres y explotados, a pardos, indios y negros esclavos, ni a los llaneros, que desconfían todos de ese mensaje. Sin olvidar además que otra parte de ese mismo pueblo está dominada por el poder de la reaccionaria Iglesia católica y por el culto a la monarquía que ésta defiende; y, siguiéndola, esa parte del pueblo, que pronto se ve mayoritaria, se opone de plano a esa sospechosa y peligrosa Independencia que la Iglesia a diario condena y demoniza, lo mismo que a sus poco confiables promotores criollos.

En realidad a la oligarquía criolla patriota de esa primera etapa de la lucha independentista no le interesa demasiado el pueblo. Quieren su apoyo, sí, para manifestar fuerza ante los españoles y su amenaza, para definir a favor suyo a corto plazo la lucha que han emprendido contra el dominio español, pero en absoluto desean la participación activa de ese pueblo, y aún menos su protagonismo. Quieren hacer una revolución de Independencia, sí, pero moderada y sobria, y sin

cambiar lo sustancial del sistema social del que son los principales beneficiarios.

Ellos admiran el Pensamiento Ilustrado francés, pero temen y odian a la Revolución francesa y su peligroso radicalismo, conducente a decapitación de reyes y aristócratas, a apropiación por los campesinos de tierras de hacendados, y a violentas rebeliones de esclavos negros como los suyos. La experiencia de Haití los atemoriza, y nada quieren saber tampoco de la ambición napoleónica sobre estas tierras; y menos aún cuando ahora tienen o creen tener a su alcance la posibilidad de lograr la independencia de una América española que no quieren ver francesa. Por eso prefieren el modelo independentista de los recientes Estados Unidos, modelo en el que la minoría criolla de Norteamérica logró su Independencia de Inglaterra en poco tiempo sin tener que cambiar el sistema de explotación del que se beneficiaba y pudiendo así, en los estados del Sur seguir manteniendo la esclavitud, y tanto en los del Sur como en los del Norte, seguir masacrando a los indios en esa frontera móvil que iban

ellos desplazando hacia el Oeste, hacia las tierras ancestrales de estos últimos.

De paso, como ya anotaba, una de las causas del rechazo del pueblo llanero a la causa de la Independencia son las reiteradas Ordenanzas de los llanos (la Primera República intenta en vano hacer aplicar una de ellas en 1811), las cuales tienen como objetivo someter a los llaneros libres al dominio de los terratenientes y de la oligarquía criolla del centro del país, condenando su sistema de vida y forzándolos al peonaje.

Y es la brutalidad de la reacción española y de la parte de criollos monárquicos y realistas que, aliados a España, se oponen con gran apoyo popular a los criollos patriotas independentistas, lo que lleva poco a poco a éstos, luego de perder las dos primeras Repúblicas por la combinación de sus temores sociales, vacilaciones y contradicciones internas con la abierta oposición de la mayor parte del pueblo, a tener que hacerle ofertas de cambio social a éste: a los explotados, a los llaneros, a los esclavos mismos, para ganarlos para la causa independentista,

cosa que por todo lo antes dicho no resulta nada fácil, al menos en esa primera etapa. Y que sólo se logra en buena parte más adelante, luego de muchos vaivenes y promesas y después de producirse dentro del movimiento revolucionario patriota algunos cambios sustanciales.

INDEPENDENCIA Y EMANCIPACIÓN

Y es aquí donde creo que tiene cabida la distinción que he venido proponiendo entre independencia y emancipación, porque creo que hacerla ayuda a entender bien no sólo el rechazo de la mayor parte del pueblo a la Independencia, sobre todo en su primera etapa, sino que también, una vez conocidos los magros resultados finales de esa costosa lucha independentista en lo tocante a cambios sociales beneficiosos para el pueblo, al que más adelante se le habían prometido esos cambios, ayuda asimismo a entender por qué, una vez lograda formalmente la Independencia, la lucha por la emancipación no sólo continúa sino que se intensifica, ali-

mentando las luchas populares que llenan todo el primer siglo de nuestra vida republicana y aún más, llegando hasta el presente.

Dicho en pocas palabras, independencia es el proyecto de la oligarquía criolla, o más exactamente de su sector patriota, proyecto dirigido a lograr su liberación del dominio de España; proyecto de corte político que la oligarquía criolla quisiera conseguir sin tener que modificar las bases del sistema social existente porque ella es la principal beneficiaria del mismo, porque es la dueña de las haciendas y del comercio, de la tierra y de los esclavos; la que quiere someter a los campesinos, indígenas y llaneros al peonaje; porque es racista, elitista, esclavista. Esa oligarquía quiere una revolución de independencia a la estadounidense, corta, sin mucho costo, y sin que haya que llevar a cabo cambios sociales importantes.

Emancipación en cambio es, no exactamente el proyecto del pueblo explotado expresado en una suerte de programa, pues aquél no está todavía en condiciones de for-

mularlo en esos términos, pero sí es lo que el pueblo quiere y propugna, por lo que está dispuesto a luchar, y es también el objetivo por el que lucha. Emancipación es igualdad social y racial como reclaman los pardos, abolición de la esclavitud de los negros, fin de la servidumbre de campesinos e indígenas, distribución de tierras, justicia social, libertades, derechos, fin de la explotación, condiciones de vida en verdad humanas. Es eso lo que la mayoría del pueblo, sus sectores explotados, reclama cada vez con mayor coherencia y claridad a medida que con la lucha va adquiriendo más conciencia de sus intereses y de la forma de lograrlos.

En la medida en que no pueden vencer solos al poder español, reforzado por la parte de la oligarquía criolla misma que se les opone pues es adversa a la causa de la Independencia, y por el apoyo popular con el que ese poder español cuenta, los criollos patriotas le hacen promesas sociales a los pardos, a los negros y hasta a los indígenas, libertad, igualdad, etc., promesas de emancipación que poco a poco logran atraer a

sectores populares. En esos momentos, cortos momentos al principio, momentos más duraderos al final, la lucha de la oligarquía criolla por la Independencia y la lucha del pueblo por la emancipación se cruzan; y esta participación del pueblo fortalece la lucha por la Independencia. Esto ocurre sobre todo en la etapa final de la misma, es decir, empieza a cobrar forma desde 1816 con la oferta de libertad prometida a los esclavos por Bolívar, sigue con la subsiguiente incorporación a la causa patriota de las masas llaneras encabezadas por Páez, y se va incrementando poco a poco luego de la liberación de Guayana en 1817, de la Campaña de los Andes en 1819, que libera la Nueva Granada, ampliando el campo de acción de la causa independentista, y del triunfo del liberalismo en España en 1820, que reconoce el carácter beligerante de las tropas patriotas y debilita a las fuerzas españolas presentes en el país, todo lo cual empieza a poner en evidencia que el triunfo político de los insurgentes criollos está ya cerca de convertirse en victoria militar, como ocurre

el año siguiente, 1821, en el histórico campo de Carabobo.

Pero una vez lograda la Independencia, la oligarquía, que traiciona incluso a los Libertadores como Bolívar, los más consecuentes con la causa popular, ya tiene el poder para sí y no necesita más al pueblo. Le hace entonces las concesiones mínimas. Sólo le acuerda igualdad formal a los pardos y libertad de vientres a los esclavos. A los indios les ofrece privatizar las tierras comunales, lo que lleva a la mayoría de ellos a la miseria y al peonaje, que es lo que la oligarquía quiere. Y a los llaneros se empuja, al cabo sin mucho éxito, a tratar de someterlos.

De modo que ambas cosas se separan, aunque la oligarquía las funde en su lenguaje y en sus discursos para mostrar que con la Independencia se ha logrado también la emancipación. La Independencia, sí, se logra, aunque en buena parte se pierde o se mediatiza en el camino. La emancipación, en cambio, queda pendiente; y es la que va

a alimentar las luchas del pueblo desde entonces hasta hoy.

El pueblo (pardos, campesinos, esclavos, llaneros, indígenas) queda frustrado. La Independencia es un triunfo político pero no social. Es independencia pero no emancipación. De modo que el resultado de la Independencia, que es el control de la nueva Patria por la oligarquía criolla ya olvidada de sus promesas de emancipación del pueblo, obliga a reanudar esta lucha emancipadora en la que ahora el pueblo, sus nuevas gentes y sus nuevos líderes, sometidos a una desigualdad, injusticia y explotación parecida a la colonial, se oponen a la oligarquía y a sus sucesivos herederos a lo largo de los dos siglos que siguen al inicio de la lucha por la Independencia.

Y es así como la lucha participativa del pueblo se desarrolla sobre todo luego de la Independencia, que alborotó todos los problemas sociales heredados de la Colonia sin resolver ninguno. Y en medio de todo tipo de altibajos y vaivenes, de triunfos momen-

táneos y sobre todo de fracasos, esa larga lucha popular se prolonga a todo lo largo del siglo XIX y luego del siglo XX, hasta el histórico triunfo de Hugo Chávez en las elecciones de diciembre de 1998. El resultado de ello es la emancipación que con grandes esfuerzos, enfrentando a los poderosos enemigos de siempre, internos y externos, estamos conquistando hoy. Y afortunadamente hasta ahora lo logrado ha sido conquistado por medios pacíficos, porque por vez primera se tiene el poder, un poder al servicio del pueblo, y porque ese poder cuenta al fin para ello con el apoyo claro de la mayoría de éste.

Caracas, octubre de 2012

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

- Acosta, Vladimir. (2010). *Independencia y emancipación. Élités y pueblo en los procesos independentistas hispanoamericanos*. CELARG. Caracas.
- Acosta Saignes, Miguel. (1977). *Acción y utopía del hombre de las dificultades*. Casa de las Américas, La Habana.
- «Acta del 19 de abril». (1961). Documentos de la Suprema Junta de Caracas. Consejo Municipal, Caracas.
- Antepara, José María. (2006). *Miranda y la emancipación suramericana*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- Austria, José de. (1960). *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*. Dos tomos. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Baralt, Rafael María y Ramón Díaz. (1939). *Resumen de la Historia de Venezuela*. Tres tomos. Desclée de Brouwer, Brujas-París.
- Bencomo Barrios, Héctor. (1978). *El General en Jefe José Félix Ribas*. Ministerio de la Defensa, Caracas.
- Blanco, José Félix. (1960). *Bosquejo histórico de la revolución de Venezuela*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Blanco, José Félix y Ramón Azpúrua. (1875-1877). *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*. Catorce volúmenes. Imprenta de la Opinión Nacional, Caracas.

Bohórquez, Carmen. (2006). *Francisco de Miranda, precursor de las independencias de la América Latina*. Monte Ávila Editores, Caracas.

Bolívar, Simón. (2007). *Discursos y proclamas*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.

_____. (s/f). *Obras completas*. Tres tomos. Ministerio de Educación Nacional, Caracas.

Breña, Roberto. (2006). *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824*. El Colegio de México, México.

Bushnell, David. (2007). *Simón Bolívar, proyecto de América*. Universidad Externado de Colombia, Bogotá.

Cajigal, Juan Manuel de. (1960). *Memorias sobre la revolución de Venezuela*. Ministerio de Justicia, Caracas.

Carrera Damas, Germán. (1972). *Boves. Aspectos socio-económicos de la guerra de independencia*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

De Armas Chitty, J. A. (1976). *Boves a través de sus biografías*. Editorial América Libre, Caracas.

- Díaz, José Domingo. (1960). *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*. Imprenta de Don León Amarita, Madrid, 1829. En: Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Fals Borda, Orlando. (1968). *Las revoluciones inconclusas en América Latina, 1809-1968*. Siglo XXI, México.
- Frank, Waldo. (1956). *Bolívar, nacimiento de un mundo*. Aguilar, Madrid.
- Gandía, Enrique de. (1955). *Napoleón y la independencia de América Latina*. Ediciones Antonio Zamora, Buenos Aires.
- Gil Fortoul, José. (1964). *Historia constitucional de Venezuela*. Tres tomos. Ediciones Sales, Caracas.
- González, Juan Vicente. (1946). *José Félix Ribas*. Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, Caracas.
- Heredia, José Francisco. (1986). *Memorias del Regente Heredia*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Independencia, Constitución y Nación*. (2011). Dos tomos. Asamblea Nacional de la República Bolivariana de Venezuela. Caracas.
- Izard, Miguel. (1979). *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela, 1777-1830*. Editorial Tecnos, Madrid.
- Kaufmann, William W. (1963). *La política británica y la independencia de la América Latina, 1804-1821*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

La independencia de Hispanoamérica. Declaraciones y actas. (2005). Biblioteca Ayacucho, Caracas.

Las sabanas de Barinas. Por un oficial inglés. Ministerio de Comunicación e Información. Caracas, 2006.

Liévano Aguirre, Indalecio. (1981). *Bolívar*. La Oveja Negra, Cali.

Lynch, John. (1976). *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808- 1826*. Ariel, Barcelona.

_____. (2006). *Simón Bolívar*. Crítica, Barcelona.

Madariaga, Salvador de. (1959). *Bolívar*. Dos tomos. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Martínez, Ricardo. (1963). *A partir de Boves*. Ediciones Cibeam, Caracas.

Masur, Gerhard. (1975). *Simón Bolívar*. Círculo de Lectores, Barcelona.

Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela, 1800- 1830. (1964). CDCH. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Mathews, R. P. (1977). *Violencia rural en Venezuela, 1840-1848. Antecedentes socio-económicos de la Guerra Federal*. Monte Ávila. Caracas.

Memorias de la Insurgencia. (2011). Centro Nacional de Historia y Archivo General de la Nación. Caracas.

Mijares, Augusto. (1969). *El Libertador*. Ministerio de Obras Públicas, Caracas.

- Páez, José Antonio. (1987). *Autobiografía del General José Antonio Páez*. Dos tomos. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Parra Pérez, Caracciolo. (1992). *Historia de la Primera República de Venezuela*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- _____. (1954-1957). *Mariño y la independencia de Venezuela*. Cinco tomos. Cultura Hispánica, Madrid.
- Pensamiento político de la emancipación, 1790-1825*. (s/f). Dos tomos. Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- Pino Iturrieta, Elías. (1971). *La mentalidad venezolana de la emancipación, 1810-1812*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Pividal, Francisco. (1977). *Bolívar, pensamiento precursor del antiimperialismo*. Casa de las Américas, La Habana.
- Ponte, Andrés F. (1960). *La revolución de Caracas y sus próceres*. Litografía Miangolarra, Caracas.
- Restrepo, José Manuel. (1969-1970). *Historia de la revolución de Colombia*. Seis tomos. Bedout, Cúcuta.
- Robertson, William Spence. (2006). *La vida de Miranda*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Rodríguez, Jaime E. (2008). *La independencia de la América española*. FCE/Colegio de México, México.
- Rojas, Aura. (2009). *Insumisión popular, 1830-1848*. Centro Nacional de Historia. Caracas.

- Rumazo González, Alfonso. (1976). *Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*. Edime, Madrid-Caracas.
- Thibaut, Clément. (2003). *Repúblicas en armas. Los ejércitos en la Guerra de Independencia*. Planeta, Bogotá.
- Urquinaona y Pardo, Pedro. (1820). *Relación documentada del origen y progresos del trastorno de las provincias de Venezuela hasta la exoneración del Capitán General Don Domingo de Monteverde*. Imprenta Nueva, Madrid. O (1917). *Memorias de Urquinaona*. Editorial América, Madrid.
- Uslar Pietri, Juan. (1972). *Historia de la rebelión popular de 1814*. Edime, Caracas-Madrid.
- Valdivieso Montaña, Acisclo. (1955). *José Tomás Boves, caudillo hispano*. Editorial González González, Caracas.
- Vallenilla Lanz, Laureano. (1961). *Cesarismo democrático*. Tipografía Garrido, Caracas.
- _____. (1953). *Disgregación e integración*. Tipografía Garrido, Caracas.
- Vawell, Richard. *Memorias de un oficial de la Legión Británica. Campañas y cruceros durante la Guerra de Emancipación hispanoamericana*. Biblioteca del Banco Popular. Bogotá, 1974.
- Verna, Paul. (1983). *Petición y Bolívar*. Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas.
- Waddell, D. A. G. (1983). *Gran Bretaña y la independencia de Venezuela y Colombia*. Ministerio de Educación, Caracas.

Yáñez, Francisco Javier. (1943). *Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró independiente hasta el año 1821*. Dos tomos. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

**Esta edición de 5000 ejemplares
se imprimió en mayo de 2014 en los
Talleres P&P Producciones Gráficas, C.A.
en Caracas, República Bolivariana de Venezuela**



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Educación**

IPASME